

# PRÓLOGO

---

Aristóteles, llamado « Padre de la Filosofía », es sin duda el más grande de los filósofos antiguos, anteriores y posteriores a él. Nació en una ciudad de Tracia, viajó por Grecia y fué uno de los preceptores de Alejandro. Poseyó todos los conocimientos de su época, en medicina, historia natural, matemáticas, astronomía, economía, literatura, etc. Sobresalió como crítico de insuperable dialéctica, y era un gran psicólogo además de ser teólogo y metafísico. Se han conservado, por fortuna, la mayoría de sus obras, bien que algunas mutiladas o incompletas. Una de ellas es *La Política*, inserta en este volumen.

Se ha observado que los escritores griegos, si hablan de Aristóteles, no mencionan siquiera su *Política*. Y ésta, sin embargo, está casi toda consagrada a refutar la *República* y las *Leyes* de Platón, de quien tanto dicen los críticos helenos, ya con censura, ya con alabanza.

¿Cómo explicarse este silencio de los contemporáneos de Aristóteles?

Alguien ha supuesto que la *Política* era una recopilación de las lecciones, un texto de enseñanza, recogido por los discípulos, sin que el maestro hubiera pensado nunca hacer de tales apuntes un libro destinado a la publicidad. Y la hipótesis no es inverosímil, pues contiene la obra numerosas frases más propias de una lección verbal que de un tratado escrito. Pero hay otro supuesto : el de que Aristóteles, como dice Estrabón, le dejara sus libros a Teofrasto, su alumno predilecto, quien más tarde legó su biblioteca a Neleo su discípulo; y como éste emigró, acabaría por perderse aquel tesoro de sabiduría. Lo cierto es que los manuscritos de Aristóteles y de Teofrasto, carcomidos por la humedad y los insectos, fueron desenterrados al cabo de dos siglos por un tal Apelicón, natural de Teos, que los hizo transportar a Atenas. Apelicón era « más bibliófilo que filósofo », dice Estrabón, y sus libros permanecieron sin duda sepultados en una biblioteca sin que fueran apenas conocidos. Más adelante los adquirió el tirano Sila, quien los llevó a Roma para aumentar su propia biblioteca.

En Roma fué donde se conocieron las obras de Aristóteles; de ellas habla Cicerón, sin citar para nada *La Política*.

Volvió a caer en el olvido el gran filósofo

griego, hasta que en la Edad Media se le tradujo al latín. Guillermo de Moerbecke, muerto en 1281, fué su primer traductor; mal traductor, porque era un clérigo natural de Brabante que apenas conocía la lengua griega.

Los primeros comentadores de Aristóteles, singularmente de *La Política*, fueron Santo Tomás de Aquino y Alberto el Grande. Entre los Escolásticos, la autoridad de Aristóteles era considerada tan infalible en todo lo que llamamos hoy ciencias morales y políticas, como la Biblia en materia religiosa. Además de *La Política*, se tradujeron y comentaron diferentes libros de Aristóteles en los siglos XIV, XV y XVI. Uno de los traductores, y de *La Política* precisamente, fué Leonardo Bruni de Arezzo (el Aretino); su traducción, en mucho mejor latín que el de Guillermo Moerbecke, tuvo un éxito grande. Y grande por consiguiente fué desde entonces el número de los conocedores y admiradores del gran filósofo griego, entre otros el célebre autor de *El Príncipe*. El tipo de príncipe inmortalizado por Nicolás Maquiavelo, es casi una copia del tirano que Aristóteles nos pinta. Y no fué Maquiavelo el último de sus imitadores. Los hubo en todas partes.

Los traductores modernos, posteriores a Sepúlveda, son incontables. Se tradujeron y se comentaron todas las obras del maestro. Los

Enciclopedistas del siglo XVIII bebieron en sus libros; y le tomó por modelo Augusto Comte, el filósofo positivista del siglo XIX. Merecen recordarse entre sus modernos traductores: Schneider, Goettling, Oncken, Spengel, Stahr, Susemihl y otros, en Alemania; Congreve (discípulo de Comte), Eaton y sir Grant, en Inglaterra; Millon, Thurot, Barthélemy de Saint-Hilaire y Bastien, en Francia; Madwig en Dinamarca; Mateo Ricci en Italia; etc., etc.

Una de las cosas que más sorprenden y admiran en Aristóteles es que, al cabo de veinticuatro siglos, parezcan sus juicios emitidos hoy. Cuestiones que todavía se discuten, problemas de perfecta actualidad, fueron estudiados por el inmortal filósofo y a menudo resueltos en el sentido que los resuelven hoy los sociólogos más avanzados. La edificación de barrios exclusivamente para obreros, esa idea antisocial que aun en nuestros días tiene partidarios, ya él la desechaba por peligrosa para la paz pública; de las guerras, del ejército, de las monedas y de la enseñanza, expone juicios que si fueron entonces acertados igualmente lo son en nuestros días; combate la tiranía en todas sus formas, dando a entender que toda autoridad supone tiranía. Al hablar de la monarquía templada, se diría que presintió la monarquía constitucional moderna, en la que todo es ficción. Combate la democracia, pero hace lo mismo con la aristocracia; era lo

que llamamos un mesócrata; hoy no lo sería.

Historiadores antiguos y modernos, empezando por los griegos mismos, han enaltecido a Esparta considerándola superior a Atenas. Los poetas a su vez han forjado una leyenda espartana. Y la leyenda, que es para algunos complemento de la historia y para otros su más cruel enemigo, ha sido con relación a Esparta deshecha por Aristóteles. El padre de la filosofía no era ateniense ni espartano; pero aunque súbdito del rey de Macedonia, vivió entre los atenienses y los conocía. Fué admirador de aquella democracia, a pesar de sus defectos y de sus revoluciones; donde Platón sólo veía una demagogia disolvente, vió Aristóteles el alentar de un pueblo amigo de las artes y de la libertad. Jenofonte era entusiasta de Esparta; Aristóteles consideraba que era un pueblo inútil para la ciencia, la paz, el progreso y la civilización. Plantel de soldados, sí; pero de aquel semillero, barbarie organizada, se forjó una leyenda para combatir, por el contraste, la llamada corrupción de Atenas. Les sobraban a los atenienses abominables vicios, es verdad; pero de ellos han aprendido los hombres y los pueblos menos vicios que virtudes. De los espartanos, ¿qué hemos aprendido? Aquellos hombres no sabían más que morir y matar; ejemplo digno de ser imitado

cuando se lucha por la libertad y por la independencia, pero ellos peleaban en defensa de una tiranía.

. . . . .

E.

---